

En familia

por Maite Ricart

El contacto con el mundo de los cuentos es importante para el desarrollo de todos los niños y, por tanto, es una herramienta a la que no podían renunciar los educadores y los padres de niños invidentes. Unos y otros experimentan en este nuevo ámbito de las imágenes táctiles, y han logrado crear libros originales que contemplan la especificidad perceptiva y representativa del niño ciego.

Antes de producir las primeras palabras, el niño tiene contactos significativos con el mundo de los cuentos. Al principio, son cuentos de imágenes y, por medio de ellos, el niño accede a la representación del mundo, aprende a interactuar con los otros, y se introduce en el proceso de adquisición del lenguaje.

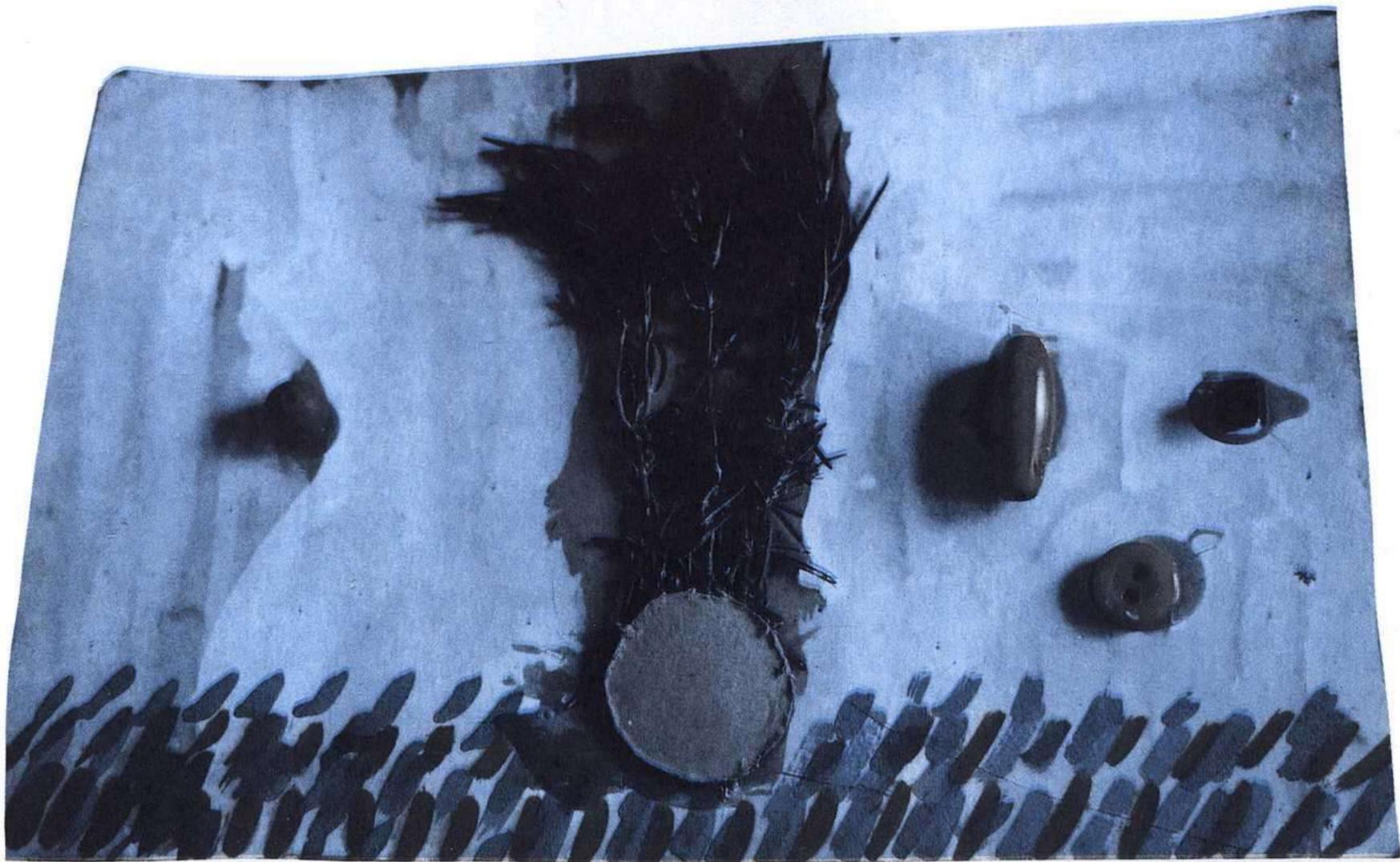
El cuento para niños ciegos es un ámbito de experimentación casi virgen, en el que, sin embargo, destacan algunas iniciativas como la emprendida por el Centro Psicopedagógico para la Educación del Deficiente Sensorial de la Fundació Caixa de Pensions, que



ha lanzado una colección de tres títulos, La mano mágica, que recoge el trabajo realizado de manera artesanal por los propios educadores del centro durante años.

La oferta es todavía limitada pero, junto al trabajo realizado por los educadores y especialistas, hay que reseñar también la tarea llevada a cabo por padres de niños ciegos, que han creado libros de cuentos a la medida de las necesidades y los gustos de sus hijos, sin otros recursos que su imaginación y sus manos.

En este sentido, Alba de Toro puede considerarse una niña afortunada. Su madre, Paqui, y su tía, M^a Car-



men, han invertido muchas horas y esfuerzo en la confección de sus cuentos, que son tan didácticos como imaginativos.

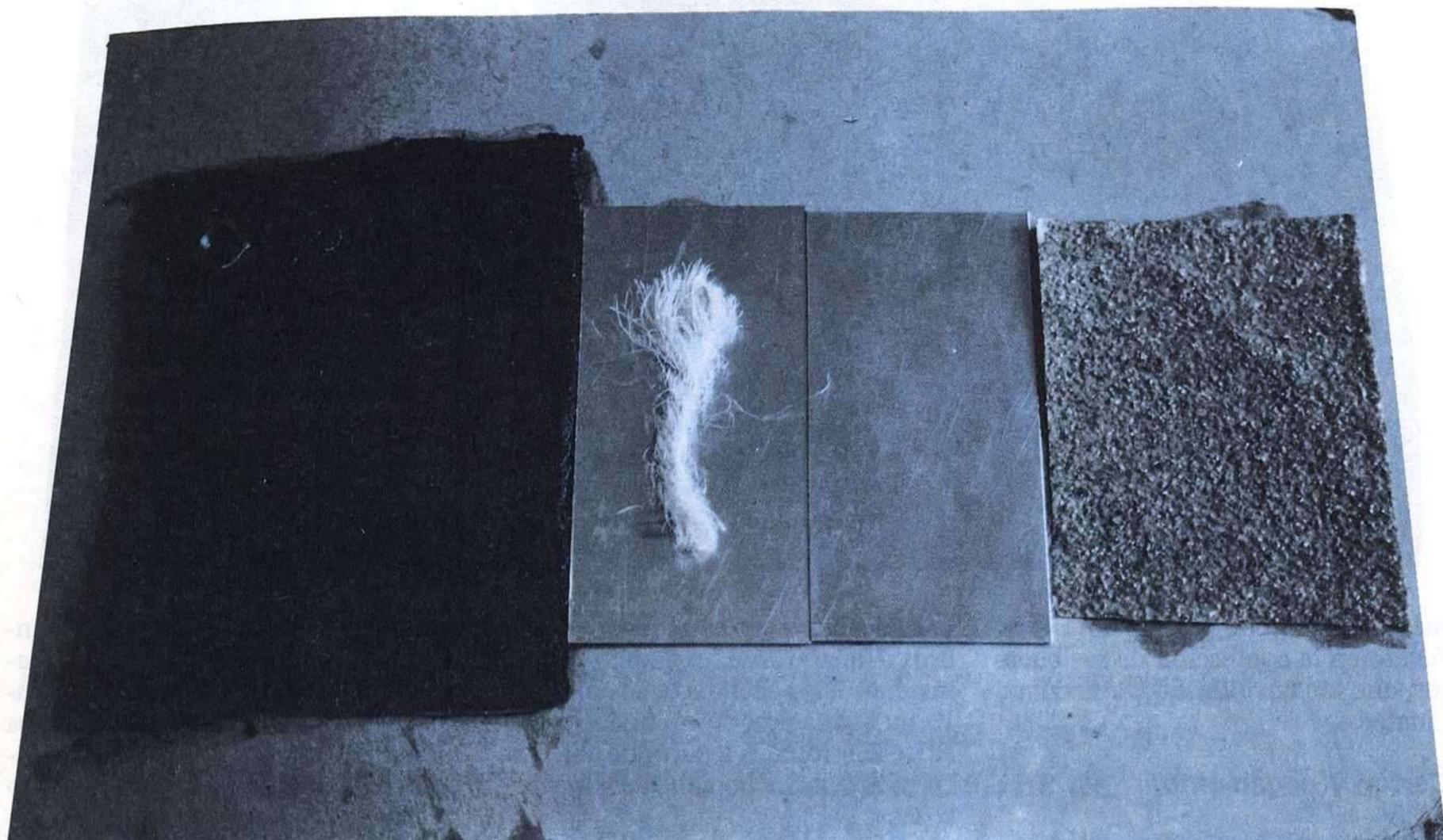
Cartón y pegamento

Alba, que tiene dos años y siete meses, está orgullosa de su colección de

«La idea para la realización de los libros —añade José, el padre— nos la inspiraron los cuentos de la colección *La mano mágica*, de la Fundació Caixa de Pensions. Y, a partir de ahí, descubrimos que se podían hacer muchas cosas».

Los padres y la tía de Alba fueron, desde el principio, muy conscientes de

tentamos que sean cuentos que contengan no sólo imágenes táctiles, realizadas a base de materiales y texturas diferentes, sino también elementos manipulativos». En uno de estos libros manipulativos, hay representado un árbol, con manzanas, que son pequeñas bolitas de papel de plata encajadas de tal manera que Alba las



que pronto tendrá que compartirlos. Porque, el próximo mes de setiembre, Alba empezará a ir a la guardería. Y, antes de que ello ocurra, la pequeña ya tiene una idea de cómo será su clase, los compañeros y la profesora. Su madre y su tía le han representado estos elementos en un cuento. «El pelo de la profesora me ha quedado un poco estropajoso», se disculpa Paqui.

Compartir la lectura

Marta Arqués, de catorce años, también ha podido disfrutar de los cuentos de imágenes y, más tarde, ha compartido los ratos de lectura en clase con sus compañeros videntes. Todo ello gracias a la dedicación y el esfuerzo de sus padres.

Cuando Marta era pequeña, los cuentos con imágenes táctiles especialmente concebidos para niños invidentes eran casi inexistentes. Así que sus padres optaron por comprarle

cuentos normales y, «sobre los dibujos —explica su madre, Rafaela Colmenero— siguiendo las formas, le colocábamos papel de seda, u otro tipo de material, como fieltro, para que ella, con el tacto, pudiera ver las ilustraciones».

Más tarde, cuando Marta tenía seis años y empezaba a conocer el braille, sus padres decidieron añadir unas líneas de texto a las ilustraciones. «Además —añade Rafaela Colmenero— Marta tenía los cuentos grabados en cinta magnetofónica».

Marta Arqués, que este año termina 8º de EGB, siempre ha ido a escuelas normales, y su integración ha sido siempre satisfactoria. «Comparte todo con sus compañeros —puntualiza su madre— incluso, desde los seis años va a clases de natación con chicos y chicas videntes. Pero, en un determinado momento, surgió el problema de la lectura de cuentos en clase. Así que su padre y yo decidimos

pasarle los libros en braille y también incluíamos alguna ilustración, porque los cuentos de los otros niños también los tenían, aunque el texto era lo más importante».

Marta todavía guarda libros como *La caperucita roja*, *El gato con botas* o *Los tres cerditos*, con ilustraciones hechas por su madre. «Calcaba los dibujos de los cuentos —confiesa la señora Arqués— y los reproducía en papel adhesivo con textura aterciopelada. Su padre tenía la paciencia de escribir primero el texto a mano y debajo en braille».

Ahora Rafaela Arqués está buscando un libro de ficción que pueda gustar a su hija de catorce años, y pedirá a la ONCE que se lo pasen a braille, para poder tenerlo listo el día del santo de su hija.

«Aunque ya es mayor, todavía le gustan los dibujos, así que a lo mejor me animo e incluyo alguna ilustración en el libro». ■